

caja 4  
carpeta  
D-A  
1971

# PARTIDO SOCIALISTA

Después de la victoria popular  
Otra gran jornada revolucionaria

## **XXIII** CONGRESO GENERAL DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

INFORME DEL COMITE CENTRAL

Relator

**Aniceto Rodríguez**

Secretario General del Partido

La Serena, Enero 1971

# PARTIDO SOCIALISTA

DESPUES DE LA VICTORIA POPULAR  
OTRA GRAN JORNADA REVOLUCIONARIA

## XXIII CONGRESO GENERAL DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

INFORME DEL COMITE CENTRAL

Relator  
**ANICETO RODRIGUEZ**  
Secretario General del Partido

LA SERENA, ENERO 1971

---

ESTIMADOS COMPAÑEROS DELEGADOS FRATERNALES EXTRANJEROS.

ESTIMADOS COMPAÑEROS, QUERIDAS COMPAÑERAS Y DELEGADOS DEL PARTIDO.

ESTIMADO COMPAÑERO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA.

*Al iniciar este Vigésimo Tercer Congreso General Ordinario expresamos nuestra profunda alegría por la presencia estimulante de tantas y tan valiosísimas delegaciones extranjeras amigas que han llegado hasta nuestra patria desde las más lejanas latitudes para expresarnos la adhesión solidaria de sus pueblos que, hermanados en la lucha común del socialismo, han celebrado como propia la ejemplar victoria del pueblo de Chile.*

*Están aquí con nosotros personeros del campo socialista, que desde hace ya algún tiempo han vencido en sus patrias, probando las bondades del socialismo científico y desarrollando cada vez mejor sus economías y fuerzas productivas para incrementar día a día el bienestar material y cultural de sus poblaciones.*

*También se encuentran en el Congreso personeros de partidos y movimientos que aún no alcanzan el poder pero que luchan ejemplarmente en sus países por derrotar las fuerzas opresoras nativas o la dominación colonial o neo-colonial.*

*Llegaron hasta nosotros delegados de las fuerzas revolucionarias y progresistas del Mundo Árabe, que soportan un tiempo largo la agresión sionista-imperialista, la ocupación militar de vastos territorios y el éxodo criminal de dos millones de palestinos.*

*Para reanudar el diálogo con los socialistas chilenos llegaron nuestros hermanos en la lucha revolucionaria continental, los camaradas cubanos, quienes después de la ruptura diplomática impuesta por el imperialismo a los gobiernos pasados, vuelven a entrar a Chile por la puerta principal para profundizar la amistad y la colaboración revolucionaria con el pueblo y el gobierno de Chile.*

*Para todos estos buenos amigos y camaradas en la vida internacional, el saludo cariñoso de los socialistas chilenos, y la gratitud emocionada por su presencia en este decisivo torneo del Socialismo chileno.*

*Saludamos con especial afecto a los queridos camaradas delegados del Partido que han llegado al Congreso trayéndonos la representación democrática de la abnegada base militante, que realizó numerosas reuniones en sus núcleos, congresos seccionales y regionales, para trasladar después a esta reunión nacional las nuevas concepciones políticas a que está obligado un partido que por vez primera en la historia ocupa el primer rango político de la Nación con un militante de sus filas.*

*Saludamos fraternalmente al estimado compañero Presidente de la República quien, incorporado al Congreso como mandatario número uno del Partido trae su palabra de aliento y la positiva información de una eficaz labor cumplida en el curso de su breve gestión que prueba de modo fehaciente el firme propósito de cumplir con el Programa ofrecido al pueblo en el curso de la pasada campaña presidencial.*

#### ESTIMADOS COMPAÑEROS DELEGADOS:

En enero de 1971, cuando se inicia el primer año del gobierno popular, los socialistas celebramos nuestro Congreso General en una situación política excepcional y expectante. En los pasados congresos, el problema se planteaba en términos de adecuar tácticas de resistencia a los gobiernos burgueses y de trazar y de definir cada vez mejor la estrategia para avanzar en el camino de la conquista del poder. Se planeaban tareas de otra índole y características diferentes a las que surgen ahora a raíz de la victoria del pueblo en septiembre de 1970. Hoy debemos responder a una nueva situación concreta que es difícil y complejo, como es dar un gobierno eficaz a Chile y a sus masas trabajadoras para posibilitar después la real conquista del poder. No podemos olvidar que hoy sólo somos gobierno y no tenemos aún realmente el poder en nuestras manos. Se acrecientan, en consecuencia, las responsabilidades y más allá de las escaramuzas subalternas, debemos centrar nuestros análisis y debates en cómo resolver la problemática futura de derrotar para siempre a la burguesía y darle una participación real y creadora a las fuerzas sociales y productoras chilenas, en forma que el proceso histórico sea de tal modo irreversible que jamás se haga posible el regreso a formas de gobierno reaccionarias o reformistas.

La victoria electoral que hizo posible el actual gobierno popular, debe ampliar cada vez más su base social y por el camino de las realizaciones programáticas crecientes, debe culminar, con el tiempo, en la República Democrática de Trabajadores por la que tanto hemos luchado en Chile los socialistas y la izquierda revolucionaria.

Por último, al iniciar este XXIII Congreso General, los socialistas debemos comprender que estamos respondiendo no sólo por el pueblo de Chile, lo que ya es bastante decir. Es mucho más que eso. Debemos estar conscientes que el mundo progresista y revolucionario internacional tiene puestos sus ojos en la experiencia chilena y decenas de millones y millones de hermanos en la lucha

común ven con esperanza y alegría el proceso político chileno que hace sólo tres meses inauguró el segundo territorio libre de América Latina.

El presente informe comprende la gestión de tres años de actividad política. Representa una de las etapas más ricas en acontecimientos y una participación decisiva del Partido en la lucha social chilena. En el curso de estos tres años la clase obrera, los campesinos, los pobladores, las mujeres del pueblo y la juventud supieron todos de nuestra batalladora presencia a su lado, junto a su dolor y su miseria, en medio de sus combates y sus luchas reivindicativas, al frente de sus conquistas de tierras y en sus tomas de sitios, en la lucha por las reformas universitarias o en las huelgas de obreros y empleados; en fin, en el rico y variado acontecer de un pueblo que nunca dejó de luchar para romper el cerco de su explotación y derrotar los instrumentos represivos de la sociedad capitalista.

Fueron tres años de participación real en que el Partido debió multiplicarse en numerosos frentes de combate. Sin embargo este período no puede apreciarse como una etapa aislada en la trayectoria socialista, pues no fue sino la continuidad de la lucha larga y sacrificada del Partido y los trabajadores, cuya presencia en Chile no empezó ayer, ni antes de ayer; por el contrario fue la siembra constante y prolongada a lo largo de muchos años en cuyo curso se fueron decantando nuestras posiciones, y mejorando la calidad de la labor política partidaria y fortaleciéndose las formas organizadas y unitarias de las masas trabajadoras.

El presente informe no podrá —por razones de espacio y tiempo— abarcar la totalidad de las situaciones específicas de lo ocurrido a lo largo de esta etapa. Tampoco las actividades de cada departamento, pues ellas se incluyen en la información separada correspondiente a la cuenta administrativa que obra en poder de los delegados. Por lo mismo, este informe tiene un carácter eminentemente político y examina sólo los hechos gruesos vividos por el Partido, la actuación de la directiva y la respuesta que fue dando ante cada suceso, enfrentamiento o desafío para culminar con el examen de las horas presentes y la perspectiva previsible del Partido en las más próximas etapas.

Antes de entrar en materia, no debemos olvidar el cuadro general en que se realiza el Congreso General de Chillán efectuado en noviembre de 1967. Desde luego veníamos saliendo recién de la crisis ampuerista y para muchos el volumen de la trizadura interna era en esos momentos de un volumen desconocido o, peor aún, exagerado. Estábamos sometidos por esta misma causa al juego graneado de una crítica injusta, de imputaciones antojadizas y de tergiversaciones groseras, alentadas a tambor batiente por la publicidad reaccionaria.

Por otra parte, la experiencia de dos sucesivas derrotas presidenciales y la consiguiente desmoralización y desánimo de un vasto sector social que había gravitado junto al FRAP, unido al desaliento de no pocos militantes, todo ello contribuía a iniciar nuestra gestión política en condiciones muy adversas

y negativas. Desde luego las perspectivas de ganar el gobierno en la próxima sucesión presidencial aparecían en Chillán del todo remotas y para muchos absolutamente imposible. Tal apreciación se proyecta sostenidamente incluso en no pocos cuadros partidarios hasta el desarrollo de la misma campaña presidencial.

El panorama internacional, particularmente en América Latina, no era tampoco del todo favorable pues con la única y honrosa excepción de Cuba, nada realmente promisor se observa en el continente, al margen de aislados como heroicos esfuerzos de pequeños focos guerrilleros en muy contados países.

Las mismas resoluciones de Chillán exageradamente resumidas, más allá de sus correctos fundamentos teóricos, se expresaron en términos poco explícitos para la opinión pública y no lograron en la etapa inmediata un carácter pedagógico para los trabajadores en general ni arrojaron claridad suficiente para la base. Tan cierto es lo que afirmamos que ante esta falta de explicación tanto pública como interna, el Comité Central realizó un serio y valioso esfuerzo orientado a desarrollar las resoluciones que se incluyeron educativamente en un magnífico documento que logró darle mayor organicidad a los acuerdos de Chillán.

Sin embargo, justo es reconocer que la directiva nacional estuvo permanentemente a lo largo de estos tres años dando a conocer opiniones fundadas frente a la totalidad de los más importantes hechos nacionales e internacionales y que realizó sucesivos Plenos con los Secretarios Regionales en que fuimos progresivamente madurando cada vez mejor las concepciones programáticas, políticas ideológicas del socialismo chileno.

## EL PARTIDO CONSOLIDA SU PODER ORGANICO Y POLITICO EN MARZO DE 1969

En el curso del año 1968 el Partido debía decidir su participación en los comicios parlamentarios de marzo de 1969. Tal decisión podía prestarse a dudas para algunos intérpretes ortodoxos de los acuerdos del Congreso General de Chillán. Sin embargo, la dirección del Partido y la base militante comprendió con mucha claridad cuál debiera ser una respuesta racional al problema y la decisión colectiva demostró finalmente que obramos con certeza y realismo político.

En aquella oportunidad comprendimos que las elecciones parlamentarias que se avecinaban no iban a resolver los problemas de fondo que afectaban al país. Aquello habría sido plantear nuestra participación electoral en términos falsos e ilusorios. Era otra la significación que adquiriría ese proceso.

Desde luego no caímos en la tendencia de la izquierda tradicional de supervalorar al Parlamento idealizando el sistema burgués representativo, que oculta muchas veces su naturaleza clasista para amparar el juego político de las clases dominantes. Incluso, más aún, los socialistas siempre tuvimos conciencia que no era posible resolver los problemas del retraso, la miseria y la dependencia del imperialismo dentro de un sistema representativo insertado en el régimen capitalista.

Pero de idéntica manera que lo tuvimos presente en la campaña presidencial, el participar o abstenerse en un proceso electoral no podía elevarse

a la categoría de principio y en definitiva son las condiciones objetivas de la realidad las que aconsejan a las fuerzas revolucionarias participar o no en contiendas de este tipo. Es, por lo demás, la sabia enseñanza leninista que enseñó a las vanguardias a combinar con acierto y justeza los métodos legales e ilegales.

La severa crítica que los socialistas formulamos siempre al sistema, hizo pensar a reaccionarios y a los ultra de la izquierda, que no participaríamos en las elecciones parlamentarias. La intención de los primeros era dolosamente interesada y la de los segundos políticamente incorrecta. El Comité Central aplicando las resoluciones del último Congreso claramente lo expresó así:

"Quienes están interesados en ocultar la verdadera naturaleza de la lucha política actual procuran ridiculizar estos puntos de vista sosteniendo que los socialistas nos marginaríamos de la actividad política diaria para sumergirnos en oscuras conspiraciones o descabelladas aventuras. Nada más falso. Por el contrario, reconocemos la importancia de las formas no violentas de acción como la lucha ideológica, las contiendas electorales, la política por reivindicaciones económicas, etcétera. Valoramos la significación de estas formas de lucha en la medida que debilitan al adversario, extienden nuestra esfera de influencia, nos ligan con las masas y nos permiten lograr una mayor fuerza política. No hemos renunciado pues a las formas convencionales de lucha política, pero las utilizaremos en la medida que nos conduzcan a nuestro objetivo que es la toma del poder. No confundiremos un triunfo con la toma del poder ni engañaremos al pueblo haciéndole creer que una victoria en su lucha reivindicacionista significa su liberación social, ni condicionaremos, nuestra conducta al propósito de obtener un mayor número de parlamentarios. Las elecciones, la lucha reivindicativa y la acción parlamentaria las estimaremos como medios para lo que constituye la razón de ser de nuestro movimiento: la toma del poder para instaurar el socialismo en Chile.

No sustentamos pues un abstencionismo electoral por principio. Iremos a las elecciones como y en la forma que convenga al fortalecimiento del movimiento popular.

Tampoco podíamos soslayar en esa fecha un hecho político de importancia. La prensa reaccionaria y oficial pretendía cuestionar al Partido como único y verdadero exponente del pensamiento socialista chileno, a raíz de la separación de un grupo minoritario en el curso de 1967. La imagen y la fortaleza real de nuestro Partido se ponía en duda, a pesar que habíamos probado nuestra presencia mayoritaria en el movimiento obrero (Congreso General de la CUT) y habíamos estado al frente de todas las luchas de campesinos, pobladores y estudiantes. En suma, y para agregar un argumento más, no podíamos dejar un gran vacío político que lo aprovecharían hábilmente algunos grupos desertores sin destino u otras fuerzas que esperaban que el socialismo les regalase gratuitamente posiciones con su ausentismo en aquella contienda electoral.

No podemos olvidar que oportunamente la dirección del Partido convocó a los secretarios regionales y a los candidatos a parlamentarios de todo el país a una significativa reunión consistente en una Conferencia de Plataforma Programática, que fue una valiosa jornada de estudio y de análisis de los problemas más importantes de la vida nacional. Al término de dicha reunión cada candidato del Partido llevó consigo un rico y excelente material político,

ideológico y técnico para divulgar nuestro pensamiento en las materias y problemas más importantes de la vida nacional.

Los resultados concretos despejaron todas las dudas y estimularon enormemente a la organización partidaria. Sin medios publicitarios, carentes de recursos económicos, luchando contra la confusión divisionista, que se había llevado el 40 % de la Brigada Parlamentaria, fuimos capaces de recuperar el total de nuestros representantes en el Congreso y de alcanzar una votación que ni aliados ni enemigos se lo esperaban.

La victoria de marzo de 1969 fue el fruto de una política correcta en que el Partido entró a participar no en una simple campaña electoral como feria de promesas, sino a significarle al pueblo que debía acompañarnos en nuestra definidas posiciones políticas e ideológicas. La consigna de "ALZATE CHILE" constituyó un llamado vibrante a rebelarse contra la sociedad injusta, a trabajar por el socialismo, a respaldar a un partido del pueblo que se había jugado con limpias banderas revolucionarias y antiimperialistas.

En resumen, marzo de 1969 significó la reafirmación orgánica y política del Partido Socialista y la derrota definitiva del divisionismo.

En el campo de las fuerzas adversarias, significó el retroceso electoral de la DC y un ascenso en el poder electoral y político del Partido Nacional. También sufrió una merma el Partido Radical. Es decir, ya en aquella oportunidad se produce una decantación del centro político y se anticipa una más definida polarización de las fuerzas al fortalecer tanto la extrema derecha como los partidos obreros, lo que influirá en la posterior elección presidencial.

## LA LUCHA CONTRA EL REFORMISMO

Representa uno de los capítulos más decisivos de la actividad política y de la lucha ideológica del Partido en los últimos años. En este Congreso debe valorarse cabalmente el esfuerzo sostenido que hicimos para clarificar en cada minuto del quehacer partidario el contrabando político de la DC. Incluso, la propia victoria de la UP no podía explicarse sin analizar el continuado proceso en que el PS somete a una severa y constante crítica al contenido filosófico del reformismo demócratacristiano.

Este análisis es particularmente necesario cuando algunos militantes nuevos del Partido que se creen los portavoces exclusivos y originales del pensamiento revolucionario, olvidan que la tarea esclarecedora frente al reformismo pertenece muy decididamente a quienes dirigimos al Partido en los cargos máximos en los últimos cinco años, es decir, cuando se inicia el gobierno demócratacristiano. En efecto, ya en aquella fecha anticipábamos con firme decisión que la tarea futura era impulsar una porfiada de esclarecimiento ideológico que configurara al Partido con una personalidad definida, acentuando sus propios perfiles para surgir nítidamente como una fuerza nacional, popular, revolucionaria y antiimperialista.

Por sobre los vacíos, los errores y las limitaciones que soslayamos en un examen auto-crítico, lo cierto es que hemos cumplido una gran etapa que nos atrevemos a definir como toma de conciencia, de maduración de ideas, de identificación con los buenos principios del socialismo y que despertó el cariño y la simpatía de decenas de miles de hombres y mujeres de pensamiento de

avanzada, que culminaron su adhesión en la reciente victoria presidencial.

La línea de Frente de Trabajadores, como una política fundada en la teoría y en la práctica de la lucha de clases de los países atrasados y en los cuales la burguesía surge ligada a las oligarquías criollas y al imperialismo, determinó el inevitable enfrentamiento ideológico del PS con la democracia cristiana y su gobierno.

Cuando el Secretario General del Partido sintetizó nuestra voluntad rebelde y opositora expresando en un acto público que al gobierno de Frei le *negábamos la sal y el agua*, no estábamos empleando palabras arbitrarias ni obrábamos por resentimientos personales. En esa afirmación se simbolizaba la recia voluntad de resistencia del Partido para no dejarse atemorizar por la campaña del miedo, dejarnos atropellar por la represión o confundirnos por una publicidad arrolladora que siempre pretendió acallar nuestra voz de reclamo y de protesta. No era como ellos lo afirman ahora para negar apoyo a medidas de beneficio nacional, jugar a la oposición por la oposición, sino oponer a una ideología burguesa una ideología revolucionaria. Con esas expresiones los socialistas estábamos ratificando la impotencia de la burguesía para resolver las contradicciones de la estructura económico-social chilena y, en consecuencia, negábamos a la democracia cristiana, capacidad política para alterar las bases del sistema vigente. Agregábamos que dadas las características del partido gobernante, no habría una real solución a los problemas nacionales, que sería posible sólo a través de la transformación revolucionaria del sistema.

Vale la pena recordar ahora que cuando incluso muchos vacilaban en el campo de la propia izquierda acerca de su correcta ubicación y la propaganda nacional e internacional anunciaba ruidosamente "La Revolución en Libertad para Chile", como salvadora experiencia opuesta a la revolución cubana, los socialistas chilenos advertimos en forma reiterada que el gobierno democristiano no podría ser, ni remotamente, de carácter revolucionario capaz de impulsar cambios profundos en las viejas estructuras nacionales. Aquello no lo afirmamos guiados por una ciega conducta opositora. Sólo fue el fruto de un examen científico de lo que en esencia representaba ese movimiento como concepción política burguesa y un enfoque correcto de la realidad nacional e internacional.

En la lucha implacable contra las concepciones reformistas los socialistas sostuvimos una y otra vez que nada se obtenía por los ideólogos de la DC al decir que se buscaba para Chile el desarrollo "por la vía no capitalista". Aquello era una bonita frase, pero nada más que eso. Suplantar un régimen capitalista por uno nuevo y antagónico implicaba mucho más que meras palabras. Requería un programa claro y una voluntad indomable de ruptura con el dominio económico imperialista y sus formas financieras económicas y culturales asociadas en lo interno.

El problema básico es que la D.C. jamás representó una salida histórica en un país subdesarrollado como Chile, por mucha arrogancia y soberbia que derrocharan sus equipos gobernantes y sus publicistas bien pagados. Su real indefinición y su intento de caminar políticamente por la calle del medio condujo a la D.C. a vivir el drama de apoyarse a veces en la izquierda y en otras ocasiones en la derecha, drama explicable por su calidad de fuerza comprometida con el sistema y su condición de partido policlasista.

Por eso es que fue justa la afirmación que hicimos los socialistas al sostener

que la D.C. sería siempre la fuerza de la neutralidad, del empate social, del atascamiento que impedía los cambios verdaderos y postergaba la revolución chilena y latinoamericana. El tiempo nos dio plenamente la razón.

La lucha del P.S. contra el reformismo fue múltiple y variada. Abarcó apasionantes capítulos de la vida política chilena de los últimos años en que los socialistas nos pusimos a la cabeza de la lucha, al frente de la denuncia esclarecedora, en la primera línea de combate para mantener viva y despierta la resistencia popular.

Entre otros ejemplos, debemos recordar la negativa socialista al viaje de Frei a los Estados Unidos, actitud que inicialmente a muchos pareció una herejía pero que terminó por convencer a la mayoría de los partidos políticos que decidieron al final compartir nuestro criterio. Con esta actitud los socialistas impedimos que el Presidente de Chile fuese a estrechar la mano del señor Johnson, autor de la prepotente teoría de "las fronteras ideológicas" orientada a impedir el ascenso al poder de las fuerzas revolucionarias en algún país latinoamericano, negación total del principio de autodeterminación de los pueblos.

Tal decisión socialista rechazaba además el contacto con el jefe político de un gobierno imperialista que asesinaba impunemente al heroico pueblo del Vietnam.

Tampoco nos dejamos confundir ni amedrentar cuando al negársele el permiso para viajar a los E.E.U.U., el señor Frei amenazó con disolver el Parlamento. Los socialistas no agachamos la cabeza tampoco esa vez y replicamos que no temíamos al plebiscito y a la renovación de los limpios mandatos de los parlamentarios socialistas. Pero que también cuestionábamos el mandato de un Presidente democristiano elegido en una espúrea alianza reaccionaria impuesta por el imperialismo norteamericano.

De incalculable valor práctico y educativo para la masa fue también el aporte socialista al denunciar la labor desnacionalizadora de la democracia cristiana. No podía ser de otra manera pues nacimos a la vida política chilena con la misión de servir los mejores intereses de la patria y con vocación anti-imperialista que nos llevó siempre a estimular la formación de una conciencia colectiva orientada a rescatar para el país las ingentes riquezas entregadas al dominio extranjero por regímenes oligárquicos.

En esta actitud de defensa de los intereses chilenos impulsamos vigorosas campañas contra la concertación de los Convenios del Cobre y la nacionalización pactada; contra las vergonzosas franquicias tributarias a la industria siderúrgica y minerales de hierro; a los planes entreguistas sobre industria automotriz; a la influencia foránea en el proyectado complejo petroquímico; a la penetración yanqui en las organizaciones bancarias; al escándalo en la negociación del salitre, etcétera.

En resumen, siempre mantuvimos una altiva posición para reafirmar los intereses de Chile y para condenar una actitud entreguista que favoreció siempre al imperialismo.

Pero los socialistas, además, derrotamos otra concepción falsa y equivocada que se proyectó por mucho tiempo en la izquierda tradicional y que alentaron con habilidad los representantes de la burguesía. Fue la concepción del fatalismo geopolítico que afirmaba que en Chile era del todo improbable la conquista de un gobierno por el pueblo y las fuerzas revolucionarias, en virtud

que ello no sería tolerado por los imperialistas y sus agentes gorilas de América Latina.

Con esta sistemática posición crítica contribuimos decididamente a decantar el proceso político chileno, definir mejor la correlación de las fuerzas sociales y sus expresiones partidarias; a desalojar, en suma, la validez del centro político como fuerza rectora para administrar el poder. Y esta no fue una tarea socialdemócrata, como irresponsablemente lo afirman algunos, sino por el contrario, hay que entender que fue verdaderamente una política revolucionaria que significó, en definitiva, romper la política del imperialismo proyectada hacia América Latina por la Alianza para el Progreso y concretada en Chile por la D.C., con todo el financiamiento y la inmensa maquinaria de coacción e intervención de los EE. UU. Tal labor de derrotar al reformismo económico, de romper el "desarrollismo social" y en definitiva, desahuciar el populismo paternalista, ha sido la de dirigentes revolucionarios consecuentes, que sin caer en el verbalismo estéril e improductivo, supimos mantener siempre una conducta de principios frente a los fenómenos políticos y sociales que debimos enfrentar, sin caer jamás en la conciliación de clases y abriendo, en consecuencia, la perspectiva de un Gobierno Popular y creando las condiciones para que caminásemos, basados en las fuerzas de las masas, hacia el socialismo.

Ponemos especial énfasis en esta afirmación para comprender ahora con mayor claridad que ayer la magnitud de nuestra lucha política e ideológica que semejaba a veces la de un David contra un Goliath, pues se trataba de enfrentarse a un gigantesco poder político, material y publicitario y de quedar muchas veces solos en esta persistente labor de esclarecimiento polémico, de combate social y de tajantes definiciones.

Hoy, en el año de la victoria, los socialistas cosechamos la siembra de una posición tenaz, honesta y consecuente.

## LA LUCHA POR LA RECUPERACION DEL COBRE

Uno de los episodios más significativos de la incesante lucha del Partido en defensa de las riquezas básicas de Chile estuvo planteada a raíz de la política del gobierno pasado en relación al cobre. Debemos recordar que en 1965 el señor Frei había anunciado como la gran panacea de su política cuprera la concertación de los Convenios que fueron firmemente condenados por los socialistas. Ya que en aquella oportunidad fuimos calificados de ilusos demagogos por sostener que los convenios eran lesivos al interés nacional y representaban un regalo más a las empresas extranjeras. Con el apoyo de la Derecha esos convenios fueron vergonzosamente suscritos por el gobierno de Frei.

El tiempo que es el mejor juez nos dio la razón cuando en el curso de 1969 el gobierno no puede ocultar el ruidoso fracaso de aquellos convenios y anuncia su revisión para entrar con las compañías en nuevos pactos entreguistas que se disimulan con el nombre de "nacionalización pactada".

Una vez más el P.S. toma la iniciativa en resguardo del interés nacional promoviendo una gran campaña de agitación y denunciando estos nuevos pasos desnacionalizadores del gobierno demócratacristiano. Pero no nos limitamos sólo al plano de las denuncias. Con absoluta seriedad elaboramos un proyecto

de ley que daba respuesta orgánica planificada y financieramente bien concebida para recuperar estas riquezas básicas de manos de las usurpadoras compañías norteamericanas. Dicho proyecto nacionalizador lo planteamos a los aliados del FRAP y al MAPU a quienes invitamos a impulsar una movilización en su apoyo y de oposición a la política gubernamental. La iniciativa socialista provocó un impacto nacional que originó grandes protestas de masas, particularmente en Santiago venciendo en parte importante los inmensos recursos publicitarios que encubrían el nuevo saqueo de Chile.

Posteriormente y cuando ya prácticamente nada podía rectificarse, el Presidente de la República invitó a los partidos para informarles sobre los Convenios suscritos con la empresa norteamericana Anaconda. Los socialistas comprendimos de inmediato lo estéril de esta invitación y en carta pública fundamentamos nuestra negativa para concurrir al palacio de gobierno, desarrollando en dicho documento una fundada y extensa crítica a tales convenios. Cuando ahora, el gobierno popular cumple con el programa y decide nacionalizar la principal riqueza chilena, vale la pena recordar lo que decíamos al señor Frei al finalizar nuestra carta: "Nunca como ahora existía una mayor y resuelta vocación nacionalizadora en nuestra Patria. Sin embargo, usted no ha querido hacerlo. Como nunca en nuestra historia era posible todo para Chile. Usted, en cambio, optó por lo menos. La Anaconda se lo agradece, pero Chile no lo olvidará jamás".

"Los socialistas continuaremos en la lucha hasta cumplir la irrenunciable misión de recuperar para Chile la gigantesca riqueza de nuestro suelo para hacer realidad la revolución que algunos caricaturizaron en cinco años de gobierno, pretendiendo en vano arrebatar las liberadoras banderas del movimiento popular chileno".

Efectivamente, los socialistas y el movimiento popular no olvidamos este deber para con Chile y con el compañero Presidente a la cabeza, en uno de sus primeros pasos de gobierno se reivindicó el derecho de Chile a nacionalizar su cobre, a independizarnos del dominio extranjero y a destruir para siempre la política entreguista de los regímenes reformistas y reaccionarios pasados. Es el comienzo de la lucha por la independencia de Chile, como lo es su independencia económica, base real de su independencia política.

## LA VIOLENCIA INSTITUCIONALIZADA CONTRA EL PARTIDO SOCIALISTA

La firme política del Partido y su conducta intransigente para defender las buenas causas nacionales y colocarse al frente de las luchas de los oprimidos y de los explotados, lo ubicó en el primer blanco de la acción represiva del gobierno, de sus instrumentos policiales y de la justicia de clase de la sociedad burguesa.

La agudización de las contradicciones del sistema provoca en el curso del gobierno demócratacristiano constantes tensiones sociales, fruto de insatisfacciones colectivas de amplios sectores de la población. Se promovieron agudos problemas en el campo motivados por la lucha de los campesinos por la tierra o por reivindicaciones salariales que burlaban siempre los patrones. El perma-

## ACUSACION A LA CORTE SUPREMA

nente espíritu conciliador con los grandes latifundistas impidió satisfacer las continuas demandas de tierra, produciéndose agudos enfrentamientos entre los campesinos y el brazo armado de la burguesía.

La influencia de la explotación agraria para absorber la mano de obra campesina, provocó grandes éxodos de familias de trabajadores agrícolas hacia los centros urbanos y en la lucha por sobrevivir en las ciudades se lanzan a la toma de sitios o terrenos baldíos, recibiendo como respuesta el desalojo, el maltrato brutal o la masacre asesina como ocurrió en Puerto Montt.

La pauperización creciente de los trabajadores los impulsa a serios movimientos reivindicativos y de protesta y de nuevo el gobierno reformista los masacra en las calles de Santiago o en las minas de El Salvador.

La legítima movilización de los estudiantes y de profesores para modernizar los viejos claustros universitarios y colocarlos al servicio de la comunidad, origina otros enfrentamientos y de nuevo el sistema responde con apaleos brutales, con torturas a dirigentes estudiantiles, con la expulsión de científicos argentinos y con allanamientos de recintos universitarios.

El gobierno de Frei respondió invariablemente a estas aspiraciones, a esos legítimos reclamos populares con los mecanismos de la violencia institucionalizada. En cada uno de los brutales sucesos el Partido Socialista reivindicó siempre su derecho de resistir, a oponerse con todas sus energías a esa violencia hipócrita y disfrazada, a sus brazos policiales ejecutores, a su justicia de clase, y a los mecanismos propios del estado gendarme del capitalismo nativo y del imperialismo extranjero.

Ahora que hemos vencido y con legítima alegría podemos denominar a este torneo como el Congreso de la Victoria, podemos recordar con orgullo que en todos los combates del pasado, los socialistas estuvimos siempre entre los primeros. La mayor parte de los caídos pertenecieron a la matrícula militante del Partido. En efecto, socialista es el primer campesino asesinado por el pasado gobierno en el fundo Los Cristales de Curicó: el camarada Carlos Cereceda Socialistas fueron no pocos mineros y pobladores masacrados en El Salvador y en la pampa de la muerte de Puerto Montt. Numerosos presos y procesados por la Ley de Seguridad Interior del Estado fueron también militantes del Partido. Los únicos parlamentarios despojados del limpio fuero que les dio el pueblo, fueron mandatarios socialistas como ocurrió con Carlos Altamirano, Joel Marambio y Luis Espinoza. Los últimos jóvenes asesinados en Puente Alto también fueron de militancia socialista.

En resumen, contra el Partido Socialista se ensañó la "política de mano dura" pretendiéndose en vano silenciarnos o liquidarnos, lo que jamás lograron por la indomable voluntad de lucha de dirigentes y militantes. Ayer se enlartaron las banderas del socialismo y del pueblo de Chile. Pero la sangre no fue derramada en vano pues las masas populares recogieron la bandera de los caídos para proyectarla victoriosamente el 4 de Septiembre de 1970.

En este Congreso General, rendimos un emocionado homenaje a los mártires del pueblo y del Partido y repetimos con Héctor Barreto primer mártir de la lucha antifascista en Chile, "el color de la sangre es tan intensamente rojo que jamás se olvida". Y porque no lo olvidamos, porque tendremos siempre presente el sacrificio de todos los que cayeron es que en este Congreso tenemos que disponernos a ser los primeros en el trabajo, en el sacrificio, en el aporte y en rendimiento del gran proceso histórico que representa la iniciación del primer gobierno popular y revolucionario en nuestro país.

En el sostenido combate esclarecedor del Partido contra la institucionalidad burguesa y su violencia represiva, interpusimos una muy fundada acusación constitucional en contra de los Ministros de la Corte Suprema, por haber incurrido en notable abandono de sus deberes, aparte de otras infracciones y graves atropellos de hecho y de derecho, que fueron analizados y probados tanto en el libelo acusatorio presentado ante la Cámara por los diputados socialistas, como en el curso del debate realizado en esa rama del Congreso. La acusación la habíamos planteado como réplica a raíz del injusto desafuero del compañero Altamirano, pero todos los dirigentes comprendimos que esa era también una oportunidad para desnudar, por así decirlo, a un poder público rodeado de una falsa majestad y que de acuerdo con los cánones hipócritas de la burguesía se ubicaba por encima del bien y del mal.

Los fundamentos socialistas para acusar a la Corte Suprema adquieren hoy en día plena validez cuando este Tribunal una vez más ampara a la ultra reacción y deja indemne por medio del fallo escandaloso a uno de los principales conspiradores comprometidos en la aventura golpista que aspiraba a impedir la posesión de mando del camarada Allende.

Demostremos con dicha acusación el contenido de clase de la justicia chilena y probemos que la Corte Suprema se había y se ha convertido en un lastre para el avance social, económico y político de nuestro pueblo, mediante fallos cavernarios en materia de legislación laboral, de arrendamientos, en materia penal, agraria y tributaria, sin considerar los numerosos procesos políticos en que siempre se aplicó el criterio represivo contra luchadores de izquierda y dirigentes obreros o estudiantiles.

Sostuvimos en aquella oportunidad que en su calidad de servidores de la clase dominante, los miembros de la Corte Suprema buscaron siempre interpretar y aplicar la ley en el sentido más favorable al empresario, al terrateniente, al propietario, al poderoso, al gran capital nacional y extranjero, a los miembros de la clase que representa, y en perjuicio de los trabajadores, de los campesinos, de los arrendatarios, de los humildes, de los pobres. La Corte Suprema ha convertido la justicia en una parodia, de la que sólo profita un restringido grupo privilegiado y a la que no tiene acceso la mayoría de la población.

La Corte Suprema, que se muestra condescendiente con los delincuentes importantes, descarga todo el peso de la ley y no vacila en condenar a muerte o a las penas más severas a los desheredados de la sociedad, a los ciudadanos que carecen de influencias o de recursos para defenderse o que delinquen impulsados por desesperación, hambre, necesidad, incultura, trastornos psíquicos u otras taras que el sistema no se preocupaba de remediar.

Esta acusación, pues, interpretó al hombre común, vejado, discriminado, aplastado por el peso de este Poder del Estado, el Judicial, cuyo máximo exponente es la Corte Suprema. Expresó el sentimiento de protesta y rebeldía de la mayoría de los habitantes de este país, víctimas de la denegación de justicia, de la lentitud de los procesos, del desconocimiento de sus derechos, de la falta de garantías procesales, todo ello avalado y respaldado por una Corte Suprema, indigna de la consideración popular.

La acusación socialista, como se preveía por nosotros, fue desechada por



la Cámara, pero permitió develar la armazón reaccionaria en que se sostiene el poder judicial chileno, cuyo tribunal superior, como ya lo hemos visto, acaba de cometer una nueva tropelía al absolver al senador Raúl Morales Adriazola.

Para la Unidad Popular y su Gobierno está planteada la urgencia de llegar lo más pronto posible a la transformación de esta institución reaccionaria para configurar un nuevo poder judicial que realmente esté al servicio de las mayorías y cuyos fallos reflejen, no sólo una auténtica equidad, sino la nueva ética social de un pueblo que ya adquirió el derecho a generar los nuevos mecanismos institucionales reguladores de su convivencia humana.

## LA CONFERENCIA DE PROGRAMA

El Pleno de julio de 1969 sugirió que la Conferencia de Programa se realizase antes de la nominación del candidato y esos fueron también los deseos del Comité Central. Pero dificultades insalvables no nos permitieron cumplir anticipadamente con ese saludable propósito. Tuvimos en cuenta que la Conferencia no podía realizarse antes de mediados de octubre, puesto que inevitablemente se retrasaba la postulación presidencial del Partido, siendo indispensable y urgente designar al candidato para crear un clima anticipadamente favorable a la postulación socialista. Por lo demás se apreció la conveniencia de resolver con urgencia esta decisión, cuyo retardo vendría a distorsionar la actividad normal interna del Partido, dada la legítima inquietud que sobre el problema se hacía sentir en la base.

De todos modos este propósito largamente sentido desde hace muchos años lo cumplimos con éxito los días 7, 8 y 9 de noviembre de 1969, fecha en que se lleva a buen término la Conferencia Nacional de Programa del Partido Socialista. Aun cuando careció de la propaganda y publicidad necesaria, el torneo cumplió con un viejo anhelo partidario como era el de contar con un remozado documento básico con definidas concepciones políticas, teóricas y prácticas, que debidamente integradas permitieron a los socialistas enfrentar con la mayor claridad posible el desarrollo contemporáneo de los acontecimientos del mundo, de América Latina y de Chile en particular.

A la Conferencia concurren delegados de la inmensa mayoría de los comités regionales, departamentos nacionales, parlamentarios y Comité Central del Partido. Los aportes al anteproyecto elaborado por el Comité Central fueron numerosos y de alto valor, permitiendo así un documento serio y profundo.

## LA LUCHA PRESIDENCIAL

El examen objetivo de la realidad nacional condujo al Comité Central a mediados de 1969 a concluir que el Partido no podía desatenderse de la lucha presidencial de 1970 y que tanto por razones internas como externas, los socialistas tendríamos y deberíamos participar en dicha contienda. Tal proposición la comparte plenamente el Pleno Nacional de los días 11, 12 y 13 de julio de 1969, reunión que fijó determinadas premisas políticas que pasamos analizar.

Anticipadamente quedó en claro que la designación del abanderado socialista era una atribución del Comité Central, como había ocurrido con todos los precedentes similares y por la sana aplicación del principio del centralismo democrático. Sin embargo, los dirigentes no fuimos remisos para informar adecuadamente a la base en plenos regionales y auscultar su pensamiento general. En el curso de las semanas anteriores y posteriores a esa información, surgían con posibilidades reales de ser nominados los nombres del camarada Salvador Allende y del Secretario General del Partido.

Con todo los elementos de juicio suficientes y con la ausencia de los dos camaradas posibles de nominar, el Comité Central realizó al finalizar el mes de agosto y durante casi una semana, un extenso y cuidadoso análisis de la situación política general y de las condiciones internas específicas de la organización partidaria. Este debate, de acuerdo con el resumen dado a conocer por la Subsecretaría General en el mes de septiembre de 1969, estuvo centrado fundamentalmente "en el análisis sereno y profundo de las perspectivas del movimiento revolucionario en Chile: en el análisis del desarrollo ideológico y orgánico del Partido; en las tácticas adecuadas para lograr los objetivos partidarios, en el programa que debe ser la base de una lucha presidencial y en las condiciones concretas a las cuales debe atenerse una postulación socialista en las actuales circunstancias.

Se presentó, como elemento directriz del debate, las orientaciones de los Congresos de Linares y Chillán. Se tuvo también en el primer plano de las consideraciones los acuerdos del último Pleno Nacional y la discusión política en los Plenos Regionales convocados por el Comité Central. En las conclusiones del debate se formularon observaciones autocríticas generales sobre la vida interna del Partido que señalan "serias deficiencias organizativas que dificultaban al Partido configurarse plenamente como vanguardia ideológica y práctica de la lucha revolucionaria e insuficiencia en la formación política de los cuadros militantes" como hecho positivo y al margen de las inclinaciones en favor de uno u otro camarada que se perfilaban como candidato se reafirmó la política del Partido y la acción cumplida por el Comité Central, reiterando su autoridad para resolver todas las alternativas implícitas en la cuestión presidencial.

## Renuncia del Secretario General

Fue de conocimiento tanto público como interno que en diversos niveles del Partido se aspiró a que en esta campaña presidencial la bandera del socialismo estuviese representada por el Secretario General del Partido. Dicha aspiración de militantes y dirigentes era tan legítima como la de aquellos que postulaban al camarada Allende. Sin embargo, por diversas consideraciones políticas que no es del caso repetir en detalles ahora, el Secretario General comunicó su decisión de renuncia, expresando en lo sustancial lo siguiente:

"Enfrentado el Comité Central a resolver la designación del candidato socialista, mi conciencia revolucionaria, mi condición de probado militante y mi responsabilidad como dirigente máximo, me conduce a tomar una decisión irrevocable que me anticipo a comunicar a ustedes. Ella está inspirada por el

mismo ánimo resuelto que tuve en la juventud de mi tiempo cuando luchamos en las calles para derrotar al naciismo, con el mismo espíritu de partido para ayudar a reconstruir la organización después del colapso de 1946; con la misma determinación y energía empleada para defender la unidad orgánica y política en 1967; y, ahora, para impedir toda dispersión dañina para el futuro del Socialismo y para el movimiento popular revolucionario".

Hay conciencia clara entre ustedes que al procederse a la votación, los leales camaradas que han postulado mi nombre ganarían la elección en el Comité Central. En forma estrecha, es cierto, pero la ganarían de todas maneras.

Comprendo que la unidad de las fuerzas políticas y sociales revolucionarias es más importante, es de mayor trascendencia que el destino o el interés personal de cualquier dirigente de los partidos populares. Por eso repito: en estas horas difíciles para el Partido y confusas para el movimiento popular, estimo que es bueno y aconsejable para el ejemplo de los que vienen tras de nosotros, tener una actitud de renunciamiento a posibilidades legítimas de obtener una de las más altas dignidades representativas del Partido.

En consecuencia, vengo en presentar al Comité Central mi renuncia irrevocable a ser candidato presidencial del Partido y lógicamente, a que se considere mi nombre en una eventual votación".

Conocida la renuncia del Secretario General el Comité Central proclamó como candidato oficial del Partido al camarada Salvador Allende el día 29 de agosto de 1969.

## PARTICIPAMOS CON UNA CLARA DEFINICION POLITICA

Para dar a conocer su resolución la directiva convocó de inmediato a una Conferencia de Prensa con participación de todo el Comité Central, haciéndose entrega de un documento político que precisó los objetivos de la participación socialista en la elección presidencial. En aquella oportunidad el camarada Allende apreció y agradeció públicamente el gesto unitario del Secretario General del Partido.

Conviene recordar en este Congreso los fundamentos más sustantivos de nuestra decisión de participar en la campaña presidencial, considerados en aquel documento. Decíamos textualmente:

"En septiembre de 1970, el país se verá abocado a elegir un nuevo Presidente de la República. Aunque el pensamiento político tradicional tiende a presentar este evento como un simple acto institucional, frente al cual sólo cabe barajar fórmulas para llevar a uno u otro postulante a la Moneda, el Partido Socialista considera que estas elecciones son parte del proceso social que convulsiona al país y que impulsa a las masas explotadas a enfrentarse con un orden incapaz de resolver sus elementales necesidades. El simple cambio de un hombre por otro en la primera Magistratura de la República sin que implique una transformación radical del sistema, es una falsa solución, un espejismo político.

Consecuente con este punto de vista el Partido Socialista encuadra su apreciación del problema presidencial dentro de los siguientes lineamientos generales.

Chile vive la tragedia de una profunda frustración provocada por la impotencia de la Democracia Cristiana para enfrentar las contradicciones e insuficiencias de un régimen capitalista caduco irremediamente. El Partido de los Frei, los Tomic y de los Leyton enarboló las banderas de una pretendida "revolución en libertad" y conquistó plenamente el poder. Con todos los resortes y mecanismos gubernamentales y administrativos en sus manos, han fracasado: no sólo no han hecho una revolución sino que han demostrado su esterilidad y su esencia conservadora.

El fracaso de la Democracia Cristiana no es sólo la expresión de las limitaciones de un partido o de algunos hombres. Es el fracaso del Reformismo, de esa concepción política que busca "mejorar" el régimen y no sustituirlo; que intenta perfeccionarlo y no cambiarlo; que persigue apuntalarlo y no derrumbarlo. El Partido Socialista considera agotadas en Chile las experiencias reformistas.

Consecuente con las posiciones que ha mantenido a lo largo de estos últimos años reafirma su aserto en el sentido de que los problemas de nuestro país, especialmente aquellos que afectan a las clases trabajadoras, obedecen a profundas contradicciones e insuficiencias del régimen capitalista.

Estima que sólo la sustitución de las actuales estructuras por una organización socialista de la sociedad chilena, permitirá el desarrollo pleno de nuestras posibilidades y entregar bienestar, cultura y seguridad al pueblo.

Por lo tanto reafirma que el objetivo del Partido es y seguirá siendo la conquista del Poder.

El fracaso de los regímenes reformistas que ha culminado con la actual administración democristiana, está determinando una creciente polarización de las fuerzas políticas, que por una parte aglutina a la contrarrevolución en defensa del sistema y va reuniendo por la otra a las fuerzas sociales revolucionarias.

El Partido Socialista concibe la lucha presidencial dentro de este contexto y se esforzará por ir conformando a través de la agudización del proceso político que conlleva esa lucha. Un frente revolucionario que dirija y oriente a las masas populares hacia la toma del poder".

Finalizábamos diciendo que "la unidad de las fuerzas políticas y sociales que buscan el cambio efectivo del sistema vigente, está condicionada a un previo compromiso político para que su dirección quede en manos de los partidos revolucionarios, dispuestos a cumplir un programa socialista y con un hombre que salga de sus filas.

La amplitud de la unidad quedará definida de hecho por el carácter de la Dirección y del Programa, sin que tengan cabida en ella cualquiera fuerza política que no evidencie una resuelta decisión programática y táctica de participar en la lucha, liberándose de sus compromisos con el orden vigente".

"El Partido Socialista pide a los trabajadores, a todas las fuerzas de avanzadas su apoyo para la postulación del camarada Allende, absolutamente convencidos de que el triunfo del movimiento popular depende de la firmeza de las organizaciones representativas de los trabajadores y de la decisión de lucha del propio pueblo de Chile. El Partido Socialista, por su parte, se jugará entero por entregar a las masas del país no una nueva frustración sino una victoria definitiva".

Sostenemos que los objetivos fundamentales de la decisión política del Partido al proclamar a su candidato, fueron logradas en gran medida en el curso de la campaña. Más allá de tropiezos adjetivos lo decisivo fue que logramos un programa definido y claro y la dirección del movimiento popular y su representación decisiva, como lo fue el candidato, quedó bajo el control esencial de las fuerzas del FRAP con un rol decisivo del propio Partido Socialista.

## LA POLITICA DE FRENTE DE TRABAJADORES: INDISPENSABLE ANTECEDENTE DE LA VICTORIA

La conocida política de Frente de Trabajadores surgida como etapa rectificadora en el quehacer político del Partido se precisa fundamentalmente en la década del 50. Esta política basada en la unidad de clase de los partidos obreros ha sido el norte invariable de las grandes decisiones partidarias, reafirmada en todos los Congresos Generales ulteriores y enriquecida por la constante lucha de clase obrera y los enfrentamientos del Partido contra la burguesía y el imperialismo.

Tal política se expresa concretamente en resguardar celosamente la unidad obrera en la vida sindical y explica, más allá de sus imperfecciones la existencia de la Central Unica de Trabajadores. Es la unidad de la clase llamada a jugar un papel revolucionario para oponerla al poder y a la unión de las clases explotadoras que sustentan el llamado "orden capitalista".

En el plano de la unidad de las fuerzas políticas, el Frente de Trabajadores hace posible el FRAP, unidad de los partidos obreros que por trece años cumplen una etapa histórica que nadie con honestidad política puede desdeñar y que hoy con claridad podemos apreciar como la antesala indispensable en el proceso que culmina con la victoria de septiembre de 1970. En efecto, fueron años en que estimulamos grandes movilizaciones de masas para impulsar objetivos importantes; años en que contribuimos a extender en calidad y cantidad una conciencia anti-imperialista en que el pueblo celebró con alegría los avances de los movimientos revolucionarios y condenó los crímenes contra los pueblos débiles; jornada, en fin en que el pueblo comprendió en la práctica el gran valor que significa su propia cohesión y su férrea unidad. Todo ese conjunto de hechos positivos representa el patrimonio valioso de una línea política del Partido que la hemos llevado con mucha consecuencia con el tiempo, por más que algunos pretendan desconocerlo.

La unidad socialista comunista no ha sido, por supuesto, siempre constante, fácil y coherente. Ha estado sujeta, sin apelación posible, al hecho real de un entendimiento no ya de dos simples tendencias en el movimiento obrero, sino a dos partidos distintos que con frecuencia difirieron del enfoque táctico a emplear en la lucha social chilena.

La decantación del centro político y la polarización de fuerzas que ya se habían manifestado en las elecciones parlamentarias de marzo de 1969 y que se confirma después con la expulsión del ala reaccionaria del P.R. y el desprendimiento del MAPU de la D.C., van determinando condiciones favorables a un proceso unitario más amplio, pero, a la vez, dificultando llegar a culminar un frente del todo homogéneo para la lucha presidencial como lo había concebido el Pleno del Partido celebrado a mediados de 1969.

En aquella oportunidad el Partido reiteró la decisión de impulsar un agrupamiento de fuerzas revolucionarias, tras el definido objetivo de conquistar el poder para la construcción del socialismo. Esta aspiración dependería fundamentalmente de la conducta práctica que asumieran las fuerzas políticas y sociales frente a la institucionalidad burguesa y al compromiso concreto a que llegaran con las luchas revolucionarias de nuestro pueblo.

Fundamentando la necesidad de ese amplio Frente Revolucionario; explicábamos en entrevista de prensa: "La política del P.S. no es sectaria ni excluyente. Pero sin lugar a dudas recoge un hecho político innegable de los últimos tiempos".

"La entidad de los problemas que preocupan al país y la necesidad de definirse, ubica cada vez mejor a las fuerzas sociales en el bando de los que están defendiendo un caudal de posiciones e intereses egoístas, coaligados con el imperialismo y que, en consecuencia, defienden "a outrance" el sistema vigente, por una parte, y, del otro lado, las fuerzas sociales y políticas, grupos y personas que están por la sustitución del sistema y por la ruptura frontal con toda forma de dominación foránea. El Frente Revolucionario que concebimos está llamado a cumplir una trascendente tarea social y política. Sus objetivos van mucho más allá de traducir en una simple coalición para enfrentar la contienda electoral de 1970. El año 70 es sólo un hito en el quehacer revolucionario, un episodio en la gran lucha por sustituir el sistema vigente. Debemos pues, enfrentar la elección fundamental en tal sentido". (Última Hora, 19/7/1969).

La aspiración socialista encontró naturales tropiezos para concretar un frente del tipo ya señalado. Desde luego sobre el proceso general unitario el P.C. expresaba que no se trataba ni de repetir el Frente Popular de 1938 ni de quedarse en el planteamiento unitario exclusivamente socialista-comunista.

Rechazando categóricamente la repetición de fórmulas políticas bajo el comando o dirección del centrismo partidista, por nuestra parte respondíamos que los aliados del FRAP debían buscar una instancia convergente para trazar una perspectiva futura común. Estando de acuerdo en el rol dirigente de la clase obrera en la lucha de las masas y siendo comunistas y socialistas los sectores políticos representativos de esa clase y sus pilares orgánicos, representábamos un bloque que garantizaba con su dirección no frustrar históricamente los intereses de los explotados. En tal sentido los socialistas reiteramos la vigencia del FRAP como fuerza eje del proceso político chileno. Tal conclusión no era excluyente sino definitiva y tendía a crear la unidad de objetivos de los núcleos motrices de la revolución chilena.

La quiebra parcial de la democracia cristiana y la incorporación del MAPU a posiciones coincidentes en sus líneas fundamentales con la nuestra, nos hizo pensar que con ese nuevo movimiento podía concretarse un frente político junto a comunistas de mejores perspectivas y ausente de todo carácter oportunista. Fue así como con el Mapu y el P.C. emprendimos acciones comunes importantes. Junto denunciamos la falsa nacionalización pactada del cobre. Suscribimos un proyecto de nacionalización de la gran minería, impulsamos unidos grandes actos de marchas juveniles y actividades sindicales. Todas esas acciones comunes fueron útiles y necesarias.

Pero quisimos los socialistas que la problemática inserta en el cuadro

presidencial fuese resuelto previamente también por estas mismas fuerzas sin lograr una respuesta final positiva.

## CLARIDAD PARA LA UNIDAD REVOLUCIONARIA

Agotado este entendimiento tripartito, insistimos en proyectar básicamente la alianza FRAP en el proceso de la Unidad que se precipitaba inevitable. Sólo en los últimos tramos del proceso, como lo veremos más adelante, se mejora el entendimiento entre ambos partidos y se facilitan nuestros planteamientos.

Por otra parte, la prensa reaccionaria y los comentaristas oficiales, especulaban dando la imagen del partido como una colectividad sectaria, intransigente y antiunitaria. Ello obligó a la Comisión Política a clarificar el pensamiento socialista sobre la unidad del movimiento popular. Respondiendo a esta campaña dijimos el 29 de septiembre de 1969:

"La Derecha y el Gobierno, que se entienden sin dificultad para imposibilitar una efectiva transformación social, se alanan también coaligadamente en desfigurar las posiciones del Partido Socialista y del Movimiento Popular.

"Que no se hagan ilusiones en sus campañas publicitarias tendenciosas. El Partido Socialista —y pensamos que seguramente también las demás fuerzas políticas y sociales de izquierda— tienen perfectamente clara la necesidad de lograr un agrupamiento consistente y dinámico que plantee una definida lucha anti-imperialista; que adopte una actitud de enfrentamiento con el orden vigente y se proponga la construcción del socialismo.

"Por tal razón no es motivo de alarma ni de desaliento que tal acuerdo aún esté sujeto a discusiones y clarificaciones sobre sus alcances y objetivos. En lo que se refiere específicamente a nuestro pensamiento sobre la unidad éste ha sido distorsionado en el sentido de que nuestra búsqueda de posiciones definitorias sería una actitud excluyente y sectaria. Incluso algunos han pretendido hacernos aparecer como anti-unitarios.

"Debemos establecer que nadie es dispensador de la calidad de unitarios o anti-unitarios y ninguno en particular es poseedor mágico y exclusivo de la fórmula que deba utilizarse en un posible entendimiento entre las fuerzas que honestamente busquen la transformación social de Chile y que, por lo tanto, quien no acepte tal fórmula es anti-unitario, sectario, desesperado o pequeño burgués. Todos tenemos derecho a plantear nuestros puntos de vista sobre esta materia y cada posición es respetable.

"Los socialistas consideramos que es legítimo, sin desmedro ni espíritu vejatorio para nadie, que quienes han conllevado una larga trayectoria política y orgánica común, como es el caso concreto del FRAP, tienen derecho y la obligación de estudiar las proyecciones futuras de la lucha social y echar las bases generales sobre las cuales debería descansar la unidad del movimiento popular en las actuales circunstancias.

"Durante más de doce años el FRAP ha sido la expresión unitaria de los partidos populares. Nadie ha rota el FRAP. Pero ahora se trata de estructurar

un movimiento que exprese, dentro de las circunstancias y necesidades de hoy, el proceso de radicalización del pensamiento político e ideológico que se ha producido en otros sectores, que agrupe a las fuerzas que están dispuestas a luchar por una transformación revolucionaria de las actuales estructuras y que represente las aspiraciones de las grandes mayorías nacionales.

"De lo anterior se desprende que no tenemos una actitud excluyente o sectaria, sino de clarificación política tendiente a lograr, a través de un proceso, una agrupación realmente consecuente con la necesidad histórica de realizar transformaciones revolucionarias en las actuales estructuras del país".

En el mismo documento la Comisión Política precisó lineamientos programáticos señalando que representaban aportes destinados a fortalecer el proceso unitario y base de discusión con todos los que convergieran a éstos trascendentes propósitos. Vale la pena reproducir esas bases programáticas por la vigencia que tienen incluso para las horas actuales y para comprobar una vez más como defendimos con decencia política la posición socialista.

"1 — El programa deberá tener un carácter y una finalidad revolucionarios, ya que la revolución está universalmente reconocida como una necesidad objetiva dictada por la realidad nacional y latinoamericana. Nuestros países no pueden avanzar un paso sin romper sus amarras con el imperialismo; nuestros pueblos no deben permanecer un día más en las condiciones de explotación y dependencia que los mantiene en la miseria e ignorancia. Conservar las actuales estructuras capitalistas es un crimen contra los millones de desposeídos que forman la gran mayoría de la población. Tal programa deberá ser un instrumento ideológico orientador del desarrollo político del pueblo chileno.

"2 — En consideración a que la revolución chilena será obra del pueblo entero, los Partidos que ofrezcan este programa contraerán la obligación de organizar, educar y orientar a las masas en su tarea suprema de sustituir el actual régimen por un nuevo orden social que se ajuste realmente a los intereses de las mayorías nacionales.

"3 — Para que el proceso social chileno tome el curso revolucionario que la situación objetiva exige, es indispensable enfrentar el problema del Poder. En este sentido, se impone una doble tarea: a) traspasar el Poder de manos de las clases dominantes, aliadas del imperialismo, a las clases hoy explotadas y oprimidas, y b) construir un nuevo tipo de estado, que reemplace la actual farsa de una democracia formalista y lleve efectivamente al pueblo al ejercicio del Poder.

"4 — El programa deberá postular cambios estructurales de conjunto, acelerados y radicales. Lo contrario significa insistir en el reformismo, alternativa fracasada en Chile y en el exterior, que lejos de provocar el desarrollo, conduce a la contra-revolución y a la frustración del pueblo. En consecuencia, la revolución chilena debe asumir un carácter socialista alcanzado a través de un proceso y no como obra de un decreto gubernamental que la instaure automáticamente. Pero, de la partida, este carácter deberá estar asegurado por: a) el ejercicio del Poder por la clase trabajadora y sus aliados; b) por el ataque a fondo a la dominación imperialista y a las estructuras capitalistas criollas;

c) por la progresiva estatización de los medios de producción fundamentalmente, y d) por la planificación social de la economía y el desarrollo general del país.

"5 — El programa deberá incluir medidas inmediatas que enfrenten las necesidades más urgentes de los diversos sectores populares y regiones del país, para estimular y orientar su movilización, desde los niveles más concretos y específicos hacia los más generales y políticos.

"6 — La campaña presidencial deberá ser la expresión de un profundo y vasto proceso social de liberación, orientado hacia la conquista del Poder Político. Los socialistas creemos que nuestra participación en el proceso electoral no implica legitimar el actual sistema, sino cuestionarlo durante su desarrollo y transformarlo desde el Poder.

Estimamos que esta clarificación es un aporte destinado a enriquecer el proceso unitario que estamos llanos a discutir con quienes converjan con estos propósitos trascendentales".

## EL FRAP LLAMA A LA UNIDAD

La tenacidad socialista logra finalmente convencer a nuestros aliados que el llamado unitario fuese formulado por el FRAP, decisión que se concreta exactamente el 7 de octubre de 1969. Este hecho que pudiese parecer sólo de importancia formal, fue, por el contrario, de trascendencia y calidad política, pues de otra manera no había existido unidad o habríamos llegado en condiciones desmejoradas a sentarnos en una mesa que se habría convocado sin nuestra iniciativa.

El llamado socialismo-comunista tuvo importancia también por la claridad con que concebíamos el proceso unitario y la claridad de los objetivos políticos y programáticos que buscábamos. Dijimos:

"En el curso de las luchas sociales de nuestro pueblo se desarrolla una pugna por el poder que compromete a las diversas clases y capas sociales. Reviste importancia establecer en qué medida hay coincidencias entre las fuerzas de avanzada de la sociedad y en sus expresiones políticas en cuanto a las transformaciones que corresponda abordar, al programa que las condense y al carácter y a la estructura de un gobierno revolucionario y popular.

"La presencia del FRAP durante doce años como expresión política, orgánica y orientadora de la lucha de los trabajadores, le imponen la tarea de promover el esquema de una gran movilización unitaria que cree una real alternativa de poder.

Consciente de la necesidad de vertebrar un amplio movimiento de opinión, capaz de cumplir con su presencia vigorosa el objetivo de transformar la sociedad chilena, lo estamos también de que el esfuerzo proyectado tras un agrupamiento unitario sólo tiene sentido en la medida que se subordina a determinadas premisas políticas, que supongan la plena conciencia de que el triunfo en una contienda presidencial, no es el fin, sino que la continuidad de un vasto proceso revolucionario".

Comunistas y socialistas, al asumir la iniciativa de promover un frente político fuerte, dinámico y capaz de proyectarse históricamente más allá de las

elecciones presidenciales, empezamos por afirmar que la unidad popular tiene vigencia en la medida que galvanice un vigoroso y definitivo impulso anti-imperialista, cuestione decididamente el orden establecido y se imponga la tarea de ir a la construcción del Socialismo".

Agregábamos más adelante: "Si algún sentido histórico representa el paso de la democracia cristiana por el gobierno, es el haber agotado para Chile la posibilidad de una nueva experiencia reformista y de haber abierto, a pesar suyo, las compuertas sociales para la sustitución del sistema capitalista. La unidad popular, entonces, debe imponerse como tarea fundamental el estímulo de un acontecer social, protagonizado por la clase obrera, el campesinado y las capas medias, capaz de utilizar el poder político para impulsar la transformación de las actuales estructuras".

"Por ello, cuando para las próximas alternativas de poder reclamamos la presencia de los trabajadores, no estamos pensando en los términos de su movilización física, en un esfuerzo netamente electoral, proyectado apenas para la obtención de una ventaja dentro del status imperante, sino que estamos requiriendo su presencia física en el efectivo ejercicio del Poder.

Y terminábamos diciendo: "Sobre las bases de estas premisas, determinadas por la intensidad de la exigencia que formula la realidad nacional, que reclama la organización de un profundo y vasto movimiento de liberación social, los partidos socialistas y comunista han estimado necesario promover, con aquellas fuerzas políticas y sociales que se identifiquen con estos planteamientos un debate que posibilite la elaboración de un programa común, la determinación de una idéntica concepción del gobierno popular y el estudio de los mecanismos que permitan la designación de un candidato presidencial".

## CONVERGENCIAS DEFINITORIAS EN LA MESA DE LA UNIDAD

Proyectándose en las concepciones de este llamado claro y de principios, concurren los cuatro partidos y los dos movimientos a dialogar por vez primera a la llamada Mesa de Unidad, acordándose dar forma a un comité coordinador de las fuerzas concurrentes que aceptaron previamente los supuestos programáticos generales ya enunciados.

Fue acuerdo unánime que antes de llegar a la nominación del candidato único, era previo analizar las convergencias posibles para un programa definido, el carácter de la campaña presidencial y la integración del eventual gobierno popular. Obviamente ninguna fuerza podía pretender la imposición total de sus exclusivas concepciones programáticas. Cada organización entregó sus documentos específicos (programas, acuerdos básicos de congresos y convenciones, ideas integradas, etc.). La labor, como bien puede suponerse, fue compleja en la búsqueda de un denominador común que interpretase el sentir colectivo y en más de una etapa de la discusión sobre el Programa surgieron diferencias que logramos superar con firmeza, particularmente en la apreciación del rol negativo de la burguesía nacional y de la radicalización de las medidas para imponer soluciones socialistas a los más candentes problemas nacionales.

El documento final recogió gran parte de nuestras concepciones y terminó reflejando en sus capítulos esenciales una voluntad de cambios revolucionarios

y la intención manifiesta de iniciar con un gobierno del pueblo la construcción del socialismo en Chile.

El programa, luego de una breve introducción, se refiere después a la unidad y a la acción del pueblo organizado y el contexto programático mismo contiene cinco capítulos esenciales que se refirieron:

1) *A la concepción del nuevo poder popular*, que sugiere las medidas para profundizar en términos reales la democracia política y social y consagrar y ampliar las conquistas de los trabajadores; precisa un nuevo orden institucional y la organización política, destacando como germen fundamental del poder futuro la Asamblea Unica del Pueblo. Se refiere a la nueva organización de la Justicia y los nuevos objetivos populares y nacionales que se asignan a las Fuerzas Armadas.

2) *A la constitución de la nueva economía, señalándose:*

"Que las fuerzas populares unidas buscan como objetivo central de su política reemplazar la actual estructura económica, terminando con el capital monopolista nacional y extranjero y del latifundio, para iniciar la construcción del Socialismo.

En la nueva economía la planificación jugará un papel importantísimo. Sus órganos centrales están al más alto nivel administrativo y sus decisiones, generadas democráticamente, tendrán carácter ejecutivo".

Luego se definen las tareas de propiedad social, privada y mixta. Se exige la profundización y extensión de la reforma agraria, precisando finalmente la política del desarrollo económico.

3) *A la cultura y a la educación*, que es casi en un ciento por ciento inspiración socialista. Se precisan los criterios para entregar una cultura nueva para la sociedad: un sistema educativo democrático, único y planificado; una política de educación física y los deportes; la democratización, autonomía y orientación de la nueva universidad para el pueblo; y, por último la política con los medios de comunicación masiva para imprimirles una orientación educativa y liberarlos de su carácter comercial, distorsionador de la verdad informativa y contraria a toda forma de cultura popular.

4) *A las tareas sociales*, destinadas a elevar en todos los niveles y en todos los ángulos del trabajo creador las condiciones de vida de la infancia, la juventud y la mujer; de los trabajadores y de los ancianos, de los técnicos, profesionales y empleados; y

5) *A la política internacional del gobierno popular*, orientada a afirmar la plena autonomía política y económica de Chile, promovándose una política de relaciones de claro contenido latinoamericano y anti-imperialista mediante una política de vinculación de pueblos antes que de Cancillerías. Reafirmación de una mayor independencia nacional, revisando todos los convenios y tratados lesivos de la soberanía y que amarran en términos continentales la política chilena a la decisión política y económica de los Estados Unidos. A la más amplia solidaridad internacional, condenándose a todos los regímenes reaccionarios que sojuzgan la libertad de sus pueblos. Reafirmación de una política bolivariana y latinoamericana integradora de sus pueblos y de sus economías, desalojando en el proceso la tutoría de toda forma imperialista de explotación y dependencia.

Esta es una síntesis solamente enunciativa de los grandes delimitamientos programáticos a que arribó la unidad de la Izquierda chilena.

## PACTO DE UNIDAD PARA EL FUTURO GOBIERNO

El segundo documento se refirió fundamentalmente a los compromisos de los pactantes para integrar el futuro gobierno popular. Como compromiso esencial se expresó que "el proceso político chileno en los últimos años ha ido creando las condiciones para una mayor polarización y definición de las fuerzas en lucha. Ello se ha traducido en el campo de la izquierda en posibilitar valiosos esfuerzos unitarios que han culminado en la constitución del Comité Coordinador de la Unidad Popular, en la concertación de un programa común y en la decisión de conducir al pueblo a la victoria para realizar un gobierno eficaz, cuya amplia base de sustentación la aportarán plural e integradamente la totalidad de los partidos, movimientos y fuerzas sociales que han hecho posible la unidad del pueblo. A continuación se expresó la coincidencia en definir una forma de gobierno que garantizara el cumplimiento del programa y estructurado, no en base de un solo hombre, sino que de acuerdo con la mayoría nacional, pluripartidista, en que la acción conjunta fuese coordinada a través de un Comité Político.

Esto se sintetizó expresando que "el gobierno popular será un gobierno fuerte, no en el sentido policial y represivo sino que por la solidez y definición de sus principios, su política, su programa, por su amplia base social, por la coordinación constructiva de las fuerzas políticas que lo integran, por el apoyo resuelto del pueblo que ejercerá el poder a través de sus partidos y de sus organizaciones sociales representativas en diversas instancias y niveles".

El tercer documento básico en el plano de los compromisos políticos se refirió a la conducción y estilo de la campaña, expresándose que las ideas programáticas serían el tema central de un intenso y constante esclarecimiento ideológico que demostrara a obreros, campesinos, pobladores, estudiantes y sectores medios que sus intereses y objetivos nada tenían de común con los de la derecha o el reformismo demócratacristiano. En otras palabras, dijimos que la campaña sería un medio para educar políticamente a las masas sobre la base del Programa que debía enriquecerse constantemente con nuevos aportes recogidos en el amplio debate con las clases y sectores cuyos intereses concretos estaban en él ampliamente contemplados.

Especial importancia se le dió a la formación de los comités de base para que se fuesen convirtiendo en el curso de la campaña en expresiones germinales del poder popular que conquistaríamos en 1970.

## UN SOCIALISTA ES CANDIDATO DEL PUEBLO UNIDO

No habiendo sido sencillas las tareas de convergencia en la elaboración de los documentos ya enunciados, más complejas y difíciles fueron las relativas a elegir el candidato único de las fuerzas populares. A esas dificultades contri-

buyeron factores diversos, artificiales o legítimos, que condujeron a la unidad a un punto muerto que hizo crisis el 31 de diciembre de 1969, fecha que con excesivo optimismo se había fijado por todos como plazo final para resolver el problema.

Hasta una semana antes que venciera dicho plazo los socialistas no habíamos obtenido ninguna decisión de apoyo. Cabe recordar incluso que los compañeros comunistas que manifestaron prolongadas reservas para apoyarnos, sólo en los días finales de diciembre nos expresaron un acuerdo favorable al candidato socialista. Por otra parte, las fuerzas que apoyaban al senador Tarud, luego de los sucesivos retiros de los candidatos Pablo Neruda, Jaques Cholchol y Alberto Baltra, suscribieron un acuerdo de apoyo recíproco con el P.R.

Por encima de las calidades personales de los candidatos en la relación de las fuerzas de izquierda se estaba decidiendo en el fondo la dirección básica del conjunto del movimiento popular. Los socialistas, consecuentes con una posición de clase, habíamos anticipado a los compañeros del P.C. que de no prosperar en definitiva el apoyo al candidato socialista, no tendríamos inconveniente en apoyar al compañero Pablo Neruda para resguardar una dirección de clase de la Unidad Popular.

Los socialistas nunca vacilamos en decir a nuestros aliados que el problema no consistía en votar en lo personal a los otros candidatos, sino que lo que se resolvía era muy distinto. Lo sustantivo iba más allá de las personas y las aspiraciones socialistas se ligaban con un análisis certero de la realidad chilena y las perspectivas dinámicas del proceso involucrado en la campaña.

Esa posición clara y definida fue reconocida por los negociadores de las fuerzas aliadas, ya que basábamos nuestra firmeza no en propósitos sectarios, sino en que los socialistas junto al FRAP habíamos realizado una constante labor de integración del pueblo, coherente en lo político e ideológico para trazarnos una alternativa revolucionaria de poder. Y eso no podía borrarse de una plumada, estaba escrito en la historia contemporánea del movimiento social chileno, enraizado en lo mejor del pueblo de Chile y amasado con el dolor, la sangre y el sacrificio de su militancia.

Tampoco podía olvidarse que quien se ubicó desde un comienzo en una firme barricada opositora al gobierno de Frei y denunció el contrabando ideológico consustancial al reformismo demócratacristiano, fue precisamente el Partido Socialista. Aquello se traducía en un patrimonio moral y político invaluable que había probado a un partido en la lucha misma y cuya trayectoria significaba garantías y fiel cumplimiento de los compromisos concertados y de las aspiraciones programáticas de la inmensa mayoría de los chilenos.

Por último la lucha por el socialismo está planteada a los pueblos como una de las mayores urgencias en la vida contemporánea. Chile no podía seguir rezagado en esta tarea de honor para sus corrientes revolucionarias y su aplicación desde el poder requería de un comando consecuente que llevase adelante sin desmayo este insoslayable objetivo histórico.

En medio de las dificultades para designar al candidato de la izquierda, convocamos al Pleno de mediados de enero de 1970 para cumplir la misión de informar cabalmente a la plana mayor del Partido. Allí tuvimos el acierto de reiterar una firme decisión de llevar adelante la candidatura del camarada Allende y de proceder incluso a su inscripción oficial en un plazo breve.

Finalmente, nuestra tenacidad y firmeza de propósitos, unido al reclamo

popular que exigía dar una respuesta favorable al proceso unitario, terminaron por vencer las últimas resistencias, proclamándose candidato de la Unidad Popular al camarada Salvador Allende. Se cerraba así, a fines de enero de 1970, el primer gran capítulo del proceso unitario para iniciar el segundo, duro y difícil, como era el enfrentamiento mismo de la campaña presidencial.

## LA CONDUCCION GENERAL DE LA CAMPAÑA

Para conducir y orientar la campaña a nivel nacional se estructuró un Comando Político con participación de todas las colectividades integrantes de la U.P. y presidido por el Senador Rafael Tarud, cargo que surgió como fruto de las conversaciones finales de apoyo al camarada Allende.

En el plano nacional se trazó la tarea de promover una vasta red de comités de base que en una meta de 15 mil unidades de trabajo orgánico en los medios vecinales y sitios de trabajo, amplificaran el mensaje político de la unidad del pueblo esforzándose por reunir una cifra cercana al millón y medio de votantes. Se trataba que cada comité fuese capaz de conquistar cien adhesiones como meta mínima. El balance final fue que esas metas no se lograron a plenitud pues en términos redondos se organizaron pocos más de 10 mil unidades de base que fueron capaces finalmente de reunir un millón setenta mil votantes que forjaron la victoria de la U.P. y del camarada Salvador Allende.

Por sobre las deficiencias notorias en la dirección nacional de la campaña, a la poca expedición y burocratismo de algunos frentes específicos y al reducido equipo de dirigentes socialistas que se sacrificaron realmente en la campaña, fue evidente que sobrepasando esas y otras muchas fallas materiales el impulso vital del pueblo fue capaz de vencer las deficiencias para hacerse presente en múltiples manifestaciones organizativas y políticas que enfrentaron con éxito el gigantesco poder material de los adversarios.

### La batalla se decidió en Santiago

Transcurridos un par de meses desde la proclamación del camarada Allende, las direcciones de los partidos manifestaron de modo insistente su disconformidad y su gran inquietud por el desarrollo de la campaña en la principal provincia de Chile como era Santiago. Efectivamente los trabajos se apreciaban inorgánicos, no existía una dirección ejecutiva ni se promovían movilizaciones masivas de la población en apoyo del programa y del abanderado de las fuerzas populares.

El problema se tornaba más grave aún al considerar que Santiago representaba el mayor y más decisivo centro electoral, acumulando un 38% de la votación nacional y superando por sí solo a 21 provincias en el resto del país. A lo anterior se sumaba el hecho que cualquiera comuna grande de la provincia representaba por sí sola un porcentaje más alto que otras dos o tres regiones.

Por petición expresa del propio candidato y por decisión de los partidos

aliados que luego confirma el Comité Central, el Secretario General del Partido debió hacerse cargo de la conducción máxima en la provincia fortaleciéndose la dirección política a través de un Comité Coordinador integrado por calificados personeros de la U.P.

Junto al camarada Hernán Morales y apoyado en el valioso concurso de las direcciones regionales y seccionales y la base militante de Santiago, unidos en el esfuerzo común con los aliados de la U.P., logramos en breve plazo aumentar la cantidad y la calidad del trabajo, extender profusamente la organización social de la campaña que llegó a un número aproximado de 4 mil comités en industrias, talleres, fábricas, poblaciones, núcleos estudiantiles de profesionales, técnicos y empleados; promovimos infinidad de actos pequeños, diálogos y conferencias sobre el programa; dimos aliento a los más gigantescos desplazamientos de masa, siendo memorables las concentraciones de las juventudes y de las mujeres y la culminación de un acto nunca superado en Santiago en la víspera misma de la elección. En el curso de la campaña surgieron las consignas señeras que luego se transformaron en slogan nacionales tales como el "venceremos" y "somos los más y los mejores". Fuimos implacables para denunciar el verdadero contenido de la candidatura reaccionaria de Alessandri disfrazada de independiente y revelamos también el contrabando demagógico de la candidatura oficialista.

En la provincia de Santiago el comando alessandrista pensaba superarnos por una ventaja superior a 150 mil sufragios. El propio comando nacional de la U.P. estimaba aceptable una pérdida por aproximadamente 100 mil votos. En definitiva la intensidad del trabajo y la energía desarrollada en Santiago permitió que la diferencia en contra fuese de menos de 40 mil sufragios, lo que determinó la irremisible derrota del alessandrista.

Los que poco o nada hicieron por el éxito de septiembre ahora surgen como los grandes consejeros y administradores de la victoria. Invaden el país con impresos para ganar posiciones internas y criticar a los que realmente nos empeñamos con cuerpo y alma en empujar el carro de la victoria.

La ingratitud y el olvido son monedas corrientes en la vida política. Algo de esto ha ocurrido en la etapa posterior a la victoria. Pero no importa, pues lo que interesa es tener la conciencia tranquila de haber cumplido como dirigente y como militante socialista.

## LA BURGUESIA PRETENDE CUESTIONAR LA VICTORIA POPULAR

La victoria popular constituyó un impacto nacional y mundial.

En Chile los reaccionarios estaban convencidos de la victoria del hombre providencial, del pseudo independiente de Jorge Alessandri tras cuyo nombre se movilizaron los agentes más importantes de las estructuras financieras, monopólicas y latifundiarías del país.

Un sector importante del oficialismo demócrata cristiano también pensó ilusamente que con Tomic podría ganar por una leve mayoría o quedar en un cercano segundo lugar para jugar sus cartas finales en el Congreso Pleno.

Nuestros adversarios idearon varias maniobras para cuestionar la victoria ganada con limpios títulos morales y políticos. Se revalidó por vez primera el

derecho del Congreso Pleno para pronunciarse sobre los que habían obtenido las dos más altas mayorías, tratando de crear el primer precedente funesto en la historia política de Chile. Con absoluta justicia debemos destacar la conducta correcta de Radomiro Tomic que en la misma noche del triunfo expresó su reconocimiento a la victoria del camarada Allende.

Sin embargo, tanto las fuerzas alessandristas como el sector derechista de la D.C. trataron por diversos medios de cuestionar la elección democrática. En una u otra forma aparentaron expresar súbita sorpresa por el carácter y el contenido del programa de la unidad popular, como si nunca hubieran conocido lo que éramos y lo que queríamos. Los alessandristas realizan un activo trabajo político para ganar el apoyo parlamentario en el Congreso Pleno y los sectores ultras activan en las sombras las maniobras golpistas para cerrarle el paso al pueblo y la conquista del gobierno limpiamente ganado en las urnas.

En sus siniestros planes siembran las dudas sobre el futuro económico del país y dan una sensación de caos mediante arbitrarias paralizaciones industriales con despidos de obreros; fomentan la corrida de los bancos; estimulan el miedo y promueven el éxodo real o artificial de gentes al extranjero esquilmando al país en sus divisas en no menos de 30 millones de dólares; los latifundistas retrasan las siembras de primavera para originar ulteriores problemas de abastecimiento y liquidan reservas ganaderas para agravar el déficit de carne; no se cancelan compromisos en obras públicas por sobre 400 millones de escudos para aumentar la cesantía; el año 1970 se cerrará por lo menos con un 40 % de inflación, proceso acompañado de alzas y más alzas que tratan de cargárselo a cuenta de la victoria de la Unidad Popular. Paralelamente se comprueba una baja en el precio internacional del cobre.

En otras palabras, los derrotados, la burguesía y sus variados instrumentos de presión, tratan de crear una situación de caos, de anarquía e inseguridad.

La zona política más peligrosa la representan esos 60 días que promedian desde la victoria del 4 de septiembre hasta la fecha del Congreso Pleno de noviembre último. En dicho lapso ocurren todos aquellos hechos económicos ya señalados, y mucho de los cuales son promovidos artificialmente por el gobierno y la derecha. Pero eso no es todo. Los grupos ultras movilizan a los más recalcitrantes en manifestaciones callejeras como es el caso de las ridículas "viudas de la democracia" y los elementos pro-fascistas combinan sus actuaciones públicas con clandestinas maniobras golpistas.

Estos hechos los denunciaremos los socialistas cuando celebremos el Pleno de la Victoria a mediados de octubre del año pasado, que clausuramos en el Teatro Caupolicán con las intervenciones centrales del camarada Presidente electo y del Secretario General del Partido. En dicha oportunidad junto con pedirle al pueblo la más amplia vigilancia para denunciar las maniobras conspirativas, reiteramos una firme decisión de oponer la victoria revolucionaria a la violencia y conspiración derechista.

Amparados por la complicidad de las altas jerarquías policiales del gobierno de Frei, los reaccionarios tratan de crear un clima de caos y de anarquía, de asaltos y de asesinatos. A ellos se debe el asesinato de un carabinero en San Miguel y el Servicio de Inteligencia del Partido detecta oportunamente el auto-atentado en la casa de Carlos Yarur y la preparación del asesinato del propio camarada Allende en Valparaíso.

Las oportunas denuncias acerca de estos hechos criminales puestos en



conocimiento del gobierno, son desestimados irresponsablemente, quedando al descubierto la complicidad de los altos jefes policiales en estos hechos a raíz del crimen del general Schneider.

El Comandante en Jefe del Ejército, general René Schneider, rechazó sistemáticamente las actividades conspirativas de los grupos ultras y fascistas e impuso siempre su honor de soldado para hacer cumplir estrictamente el veredicto popular amparado por la Constitución y la Ley. Esto representaba un serio escollo para los golpistas, para los agentes de la CIA y para los sectores derechistas de la D.C., todos los cuales se confundían en el común empeño anti-patriótico de desconocer la victoria de la Unidad Popular. El precio que cobraron ya lo conocemos: a la larga lista de crímenes contra el pueblo, a las masacres de obreros y campesinos, la muerte de insignes luchadores, agregaron el frío asesinato del general Schneider.

El Congreso General entre otras de sus resoluciones debe denunciar el encubrimiento escandaloso y la absolución que a los culpables de este crimen ha dado y está dando la Corte Suprema.

El crimen del General Schneider produjo un repudio nacional. Demostró más claramente aún la limpia conducta de un pueblo que en la victoria observó una generosa serenidad, que no cometió ningún desmán y que con madurez política supo aquilatar y responder a la grandeza de su propio triunfo.

## EL PROBLEMA DE LAS GARANTIAS DEMOCRATICAS

La democracia cristiana había sido la más golpeada con los resultados de la elección presidencial. Lo habían tenido todo en sus manos: la suma de poder; el manejo absoluto de los centros administrativos, económicos y financieros del Estado como partido único de gobierno; una mayoría holgada en el Parlamento; una constante y cuantiosa línea de créditos internacionales; la mayor bonanza de la historia en los precios del cobre y una base populista en los medios agrarios y vecinales estimulados por una política paternalista.

El alto mando tomicista pensó seriamente que su candidato entraría a disputar el triunfo por un pequeño margen de sufragios ubicándose entre los dos primeros lugares. Por eso nunca abandonaron la táctica de jugar al Congreso Pleno. Los resultados finales liquidaron esas expectativas. Sin embargo, el sector freista con un criterio más real comprendió siempre que la lucha se decidiría entre la derecha y la Unidad Popular.

Relegada a un tercer lugar para salir de su aplastamiento la D.C. se esfuerza por aparecer de nuevo en un rango principal de la escena política. Para ello presiona con el peso de su fuerza parlamentaria y se alza como árbitro para la decisión final del 3 de noviembre en el Parlamento. La Derecha combina este juego de chantaje con otras acciones, entre las que destaca la carta de Alessandri donde expresa que de ser elegido en el Congreso Pleno, renunciaría para dar paso a una nueva elección. Tal ofrecimiento era impracticable desde el punto de vista estrictamente constitucional, pero estimulaba el desconocimiento a la victoria popular.

Los socialistas afirmamos frente a esas maniobras que no permitiríamos ningún acto dirigido a desconocer la victoria del camarada Allende

y que de prosperar las maniobras de la burguesía y del imperialismo, ello implicaría la guerra civil.

Por lo mismo es que nos pareció de una infinita hipocresía el planteamiento de que sólo dando "garantías democráticas" era factible el reconocimiento de Allende en el Congreso.

En el proceso de la campaña presidencial los integrantes de la U.P. y, muy particularmente los socialistas, quisimos siempre que cada hombre y mujer de Chile conociese lo que queríamos y lo que buscábamos. Para eso nos esforzamos por difundir el programa en millares y millares de actos pequeños, medianos o masivos, en charlas o conferencias. En consecuencia, nadie podía llamarse a engaño y tanto amigos como adversarios sabían que los integrantes del movimiento popular nunca habíamos cuestionado las garantías democráticas y los derechos esenciales del hombre. Por el contrario, la rica experiencia de la vida social chilena demostraba que las conquistas democráticas era el fruto del sacrificio constante de la clase obrera, del empeño de la izquierda revolucionaria y que todo derecho en definitiva se había logrado con el impulso vital de las masas oprimidas y explotadas.

Los socialistas, en cambio, afirmábamos que lo que estuvo cuestionado en el curso de la campaña tanto por los militantes, simpatizantes y amigos de la U.P., como de importantes sectores populares que gravitaron junto a la candidatura de Tomić, fue el sistema capitalista, las estructuras viejas e injustas, el dominio de la burguesía y la penetración imperialista. El pueblo en su conjunto había luchado no por derechos formales consagrados muchas veces sólo en el papel, que permitían ejercer derechos relativos cada cuatro o seis años, sino que se había empeñado por cambiar el status, destruir el régimen de opresión capitalista y darle paso a una nueva sociedad en que él fuese un sujeto activo y participe de las empresas nacionales en sus más variados rangos.

Este análisis consecuente condujo a la Comisión Política del Partido y a su Comité Central a plantear que más que un formal "Estatuto de Garantías Democráticas" exigido por la D.C., la realidad chilena y el anhelo profundo de las masas requería lo que con absoluta precisión llamamos el "ESTATUTO BASICO DE LOS DERECHOS ECONOMICOS, SOCIALES Y POLITICOS DEL PUEBLO DE CHILE".

Los demócratas-cristianos se planteaban hipócritamente la defensa del régimen democrático y se alzaban como sus avales más celosos, en circunstancia que habían sido implacables ejecutores de la violencia institucionalizada.

Los socialistas estuvimos en la razón cuando bregábamos en el seno de la U.P. por consagrar en el texto constitucional el derecho del pueblo de Chile para nacionalizar, para recuperar lo que legítimamente le pertenece, para expropiar los instrumentos fundamentales para el desarrollo económico; en suma, el derecho integral de los trabajadores para garantizar su vida, su dignidad, su trabajo, su cultura y su educación.

Desafortunadamente esta correcta posición socialista quedó solitaria en el Comando Nacional de la Unidad Popular lo que nos llevó a no insistir para evitar dificultades mayores en el diálogo político que se había establecido entre los dirigentes máximos de la D.C. y el compañero Presidente.

En todo caso pensamos hoy que de haber prosperado nuestra fundada proposición, el nuevo gobierno popular se habría ahorrado muchas dificultades posteriores, logrando aquella vez también emplazar a la D.C. para defi-

nirse en términos categóricos acerca de sus posiciones anticapitalistas propagadas con tanto énfasis en su campaña presidencial y en la voz de Radomiro Tomić.

Desde luego, a esta fecha podemos comprobar que gran parte del enfrentamiento entre el gobierno y la burguesía se está desarrollando fundamentalmente en el plano parlamentario, es decir, en donde le conviene al enemigo, en el lugar en que el adversario tiene mayoría y en el marco de la institucionalidad vieja y extraña a la participación de las masas. En consecuencia, corresponde a este Congreso analizar con preferencia como ubicar el centro de la lucha del Partido y del propio gobierno, evitando que las promociones partidarias se burocraticen en los centros administrativos y se alejen de la participación viva junto a las masas, fundiéndose con la clase obrera que es la única llamada históricamente a empujar el carro de la revolución.